

VAN VOGT / POHL / FARMER / SILVERBERG Y OTROS

LA MEJOR CIENCIA FICCION



ANTOLOGÍAS DE CIENCIA FICCIÓN

Una antología que contiene:

¿Un planeta donde la vida es inmortal? ¿Cuáles son las consecuencias de esta situación? ¿Un sueño hecho realidad o la auténtica pesadilla de la superpoblación?

El supernegocio turístico a escala interplanetaria con todos los alicientes de civilizaciones desconocidas, mundos maravillosos y peligrosísimos monstruos de planetas terroríficos.

¿Qué haría Vd. si, de pronto, recibe un periódico del porvenir? ¿Jugaría a la bolsa con seguridad? ¿Apostaría a los caballos? ¿O quizás tomaría otras precauciones ante un porvenir que se le presentaba como cierto?

Un loco disemina en la atmósfera un virus de la esterilidad y la impotencia en nuestra hipersexualizada civilización. La frustración de las parejas, los problemas de la superpoblación, la impotencia de las autoridades ante un mundo atroz.

Y otras fantásticas historias cortas de la mejor ciencia ficción moderna.

Contenido

Introducción a cargo de Forrest J. Ackerman

Una cosa bella (A Thing of Beauty, 1973), Norman Spinrad

Lo que supimos por el periódico de esta mañana (What We Learned from This Morning's Newspaper, 1972), Robert Silverberg

Setenta años de decpob (Seventy Years of Decpop, 1972), Philip José Farmer

La forma de la ciencia ficción por venir (The Shape of Science Fiction to Come, 1972), Frederick Pohl (Ensayo)

Integrarse (Getting Together, 1972), Milton A. Rothman

El cuento de ciencia ficción más corto que se ha escrito nunca (The Shortest S-F Story Ever Told, 1973), Forrest J. Ackerman

Para cuando llegue a Fénix (By the Time I Get to Phoenix, 1972), Thomas N. Scortia

Para siempre amén (Forever and Amen, 1972), Robert Bloch

Ersatz eterno (Ersatz Eternal, 1972), A. E. van Vogt

Los mercaderes de Venus (The Merchants of Venus, 1972), Frederick Pohl

Epílogo de Forrest J. Ackerman

INTRODUCCIÓN

Uno tendría que ser un masoquista para haber leído toda la palabrería publicada el año pasado bajo la denominación de ciencia ficción. Fragmentos de sueños febriles, textos que se suben a la cabeza, pero en el sentido de los alucinógenos.

Un masoquista, o un recopilador. Y no me gusta sufrir, pero prácticamente me dio conjuntivitis el maratón óptico que fue la lectura de los millones de palabras de CF publicadas el año pasado, de modo que debo ser un recopilador.

Y bastante enojado, por cierto. Usted también, lo sospecho, se habría irritado en mi lugar.

Porque a las Tres Leyes Robóticas de Asimov, y a la Ley de Temponáutica de Niven, y a la Ley del Tratamiento Schlock de Sturgeon, según la cual «el noventa por ciento de todo es burdo», deberíamos agregar ahora el Descubrimiento de Ackerman: «actualmente, una cantidad inusitada de ciencia ficción NO es ciencia ficción».

El Rey Desnudo está caminando entre nosotros (esto es espléndido para *las* sexistas, pero no vendría mal una imagen igualmente epidérmica —una Reina Desnuda— para los varones malévolos); y mientras se pasea desnudo hay muchos que elogian sus ricas vestiduras y prácticamente nadie se atreve a decir «ese hombre no usa ropas». Yo voy a correr el riesgo de perder mi reputación de sastre de palabras.

Edgar Allan Poe se retorcería en su Caja Oblonga si hubiese visto, como yo, un anuncio en la sección cinematográfica del *Los Ángeles Times*. Decía:

El último acontecimiento de

la Ciencia Ficción:
EL GUSANO CONQUISTADOR

Ahora bien, el «gusano conquistador» original no era una fantasía, ni siquiera un cuento: era un poema alegórico. Su título habría sido apropiado para una película sádica llena de sangre y torturas en que Vincent Price fuera el siniestro cazador de brujas de la vecindad. ¡Y este producto final se le ofrecía al público como *ciencia ficción*! ¡Los bárbaros están entre nosotros! O quizá, los oportunistas.

Se le dan al público como CF muchas cosas que no son ciencia ficción. En los albores de las revistas sensacionalistas, cuando se le ofrecían a la gente títulos como *Amazing, Astounding, Thrilling, Wonder, Startling, Planet, Galaxy, Imagination, Other Worlds, If, Future Fiction, Science Fiction, SuperScience, Astonishing*^[1] y otras revistas, no había ninguna duda sobre los temas de que trataban: invenciones, catástrofes mundiales, aventuras interplanetarias o interestelares, viajes en el tiempo hacia el pasado prehistórico de los dinosaurios, navegaciones en el Barco de lo Que Vendrá a épocas y climas sociales futuros. De esto estaba hecha la ciencia ficción en el principio, éste era el paradigma del cuento de imaginación, especulación o extrapolación orientada hacia lo científico.

Hoy como ayer tenemos al menos una veintena de revistas populares capaces de atraer el gusto de los aficionados; pero títulos como *Comet, Marvel, Miracle, Space, Vortex, Nebula, Fantastic Universe*, ya no son un índice confiable de sus contenidos.

Ha llegado la hora de anunciar con franqueza los títulos correctos:

Ciencia Ficción *Conformista*.

Ciencia Ficción *Mimética*.

Ciencia Ficción *de Revistita*.

Ciencia Ficción *de Curso Universitario*.

Ciencia Ficción *Surrealista*.

Ciencia Ficción *Que No Lo Es*.

Ciencia Ficción *Insensata*.

Y este año he visto que un editor está publicando una serie de traducciones de ciencia ficción de Rusia y Polonia que presenta con la denominación de «metaficción».

Cumpliendo mi obligación de antologista que debe seleccionar Lo Mejor, he leído volúmenes enteros de Ciencia Ficción *Aburrida* y (he omitido una categoría en la lista precedente) de *Así Llamada* Ciencia Ficción. Y creo de verdad que ha llegado —hace rato— el momento de dejar de abusar de la venerable expresión Ciencia Ficción, acuñada en 1929 por Hugo Gernsback.

Si hay un mercado para las historias surrealistas sin un ápice de contenido ciencia ficticio, pues ciertamente los amantes del surrealismo tienen derecho a él.

Si lo hay para obras miméticas, caprichosas, de brujas y espadas y/o de *nouvelle vague* está muy bien. Pero, por favor, identifíquenlas de alguna manera para que yo, que soy un buscador de ciencia ficción, me ahorre el poco rentable trabajo de empezar por buscar qué es ciencia ficción en tan desorientadoras fuentes.

Muchas de las narraciones que leí eran realmente muy buenas, sólo que habría sido mejor denominarlas con una palabra habitual en los tiempos de las revistas *Munsey: diferentes*. O *extrañas*, como se decía a veces en las páginas de *Argosy* o de *All Story*.

Demasiada paja para tan poco grano: desalentadora experiencia para alguien que podría ser envidiado, si algún lector suspirara: «Ah, ¡si a mí me pagaran por leer toda la ciencia ficción publicada en un solo año!»

Desearía que una cosa fuese absolutamente nixónica (perfectamente clara) en esta Introducción, que también podría subtitularse «Conozca al antologista»: no tengo el menor prejuicio contra la extensión. Por supuesto, no adhiero a la escuela de un crítico para quien ninguna histo-

ria por debajo de las diez mil palabras podía ser tomada en consideración por falta de espacio para desarrollar los personajes, la trama, etc. (Salta en mi mente, como saltamontes de Ganímedes, clásicos brevísimos como «Nacido de hombre y mujer», «Sin un estampido», «Amor» de Richard Wilson, «El arma» de Fred Brown, «Para servir al hombre», y muchos otros.) Y tampoco apruebo el punto de vista (que por suerte no ha hecho escuela) de un antologista a quien le oí decir, con orgullo, que había utilizado deliberadamente dos cuentos que no eran del género, antes que publicar dos narraciones de calidad inferior, un año que le parecía menos rico que otros. Esa misma especie de pensamiento paralógico llevó a un editor de revistas de principios de la década del 50 a la sorprendente conclusión que en sus páginas podía publicar *cualquier* clase de narración siempre que fuera de superior calidad. Este criterio es injusto para los cultores del género, y pueden estar seguros de que Aquí No Va A Pasar. Si hacemos una extrapolación a partir de esa falta de lógica podemos predecir Una Peligrosa Visión, ese tenebroso día en que uno tome un libro llamado *La última antología de ciencia ficción* y lea en la Introducción:

«Como el año pasado, en opinión de este recopilador, no ha habido cuentos de ciencia ficción de buena calidad, me veo obligado a presentarles una excelente combinación de ficciones mundanas aunque Martha Foley se muera de rabia:

»*El botellón maltés*, por Erle Stanley Arpège (Misterio).

»*Lo que el vidente se llevó*, por Mary Houdini (Magia).

»*Ambulancia*, por Anne Interne (Amor en un hospital).

»*La batalla del Mediterráneo*, por Lotta Pollution (Ecología).

»*Lumbres borrascosas*, por Donna Wollheim (Gótico).

»*La monja mecánica*, por Sal Vidor Dalí (Surrealista).

»*La Tercera Guerra Mundial* (Superbreve).»

Jack Williamson, uno de los grandes de la vieja guardia de la ciencia ficción, al enterarse de que me habían designado para hacer esta antología, observó: «Como ya tienes varios volúmenes de “la mejor” ciencia ficción que te hacen la competencia, éste va a ser un verdadero desafío. Espero que esta colección —y estoy seguro de ello— no sea ni demasiado fanática ni demasiado erudita, y que represente la corriente vital de la ciencia ficción como una forma literaria propia de nuestra era tecnológica.»

Yo también lo espero, sinceramente.

Y aunque esto no tiene precedentes en el campo de los libros de bolsillo, invito a todos los lectores a que me digan en qué medida he tenido éxito.

Pueden escribirme a 915 So. Sherbourne Dr., Los Ángeles/CA 90035, y cuando lo hagan, aunque sea una postal, por favor anoten en orden de preferencia los tres cuentos que más les hayan gustado. Los votos serán importantes para los autores porque el 1.º de enero el autor del cuento más votado recibirá un regalo de 75 dólares, aparte de sus derechos, el segundo uno de 50 y el tercero de 25, para que empiecen bien el año. Al mismo tiempo, cuando escriban, díganme si encuentran que alguna de las historias no debería estar incluida entre las mejores del año.

Hay un cuento que quise incluir y no pude —«Caliban», por Silverberg— porque ya lo había elegido otro recopilador. Y de haber contado con más espacio, habría querido ofrecer: «Piedra de toque», de Dean McLaughlin (*Infinity Three*); «Microcosmos», de Robert P. Holdstockm, de *New Writings in SF-20*, y «A la muerte de Venecia», de Roger Ebert, de *Amazing*. Los recomiendo de todo corazón.

Lamento también no haberme podido poner en contacto a tiempo con el autor de «El cuento de ciencia ficción más corto», para ofrecerle un contrato para la publicación de su relato de tres palabras, de modo que tendrán que

leer ese acierto en *Generation*, la antología editada por David Gerrold.

«Una cosa bella», de Norman Spinrad, es una hermosa extrapolación sociológica de un tipo que se inició hace mucho con uno de los primeros cuentos de Asimov en *Astounding*: «Tendencias», de 1939. «Fénix», de Scortia, podría haber nacido de las cenizas de «Brillante ilusión», de C. L. Moore —¡parece imposible que hayan pasado cuarenta años desde que ese clásico apareció en *Astounding!*—, si no fuera porque «Brillante ilusión» sigue brillando. El indiscutido «hombre de ideas» de la ciencia ficción —A. E. van Vogt— está presente con una de sus escasas apariciones actuales, y con casi tantas ideas apretadas en este cuento breve como en una de sus novelas. El maestro de lo macabro, Robert Bloch, practica también una de sus poco frecuentes incursiones en el campo de la ciencia ficción con «Por siempre amén». (Otro cuento breve, «El tren del infierno», ganó el premio Hugo, en 1955.)

Los narradores elegidos en esta antología, desde Frederick Pohl hasta Philip José Farmer o Millón Rothman, han creado cuentos que, a pesar de mi permanente dieta de ciencia ficción de los últimos cuarenta y siete años, me han llamado la atención: por eso los recomiendo a la de los lectores. Y se trata de verdadera ciencia ficción. Ojalá se entretengan con nosotros.

Forrest J. Ackerman.

El jugador de ajedrez de Sexta columna, de Heinlein, ha esperado muchos años para igualar el marcador. Ahora Spinrad le da a un inescrutable oriental la oportunidad de burlarse de un hombre del Oeste, que no es puramente un occidental.

Si tiene usted bastantes años, o si igualmente conoce las grandes novelas de John Taine, quizá imagine el final de este relato si se le dice que recuerda a ese maestro en su obra más característica, especialmente en su habilidad para crear personajes de carne y hueso que interactúan. El profesor Bell (Taine era un seudónimo) era un artista consumado para crear personajes creíbles envueltos en sorprendentes peripecias.

El crítico Tony Lewis escribió en Locus —el periódico bisemanal de ciencia ficción—, hablando de este relato: «La mejor narración del número de Analog es la de Norman Spinrad. No es la clase de cuento que uno esperaría de Spinrad, pero es un deleite leerlo y, aunque parte de su impacto deriva de la sorpresa, no se gasta cuando se lo relea.»

Hace algunas temporadas, Spinrad ganó el Premio al Chico Malo del Año (no es oficial ni, en realidad, existe) por su discutida novela Bug Jack Barron, una cosa fea. Pero ahora merece aprobación y un aplauso anticipado por

UNA COSA BELLA

Por Norman Spinrad

—Viene a verle un señor llamado Shiburo Ito —dijo mi intercomunicador—. Le interesa adquirir un objeto histórico de cierta significación.

Mientras esperaba a que entrara en mi despacho privado, hice que la computadora central me informara sobre sus antecedentes en la pantalla de televisión discretamente ubicada en la parte posterior de mi escritorio. Mi señor Ito era Ito de Cohetes Cargueros Ito, de Osaka; no era necesario adquirir el informe bancario privado de Dun & Bradstreet. Si Shiburo Ito, de Cohetes Cargueros Ito, firmaba un talón por alguna suma inferior a la deuda nacional, era seguro que no sería devuelto por falta de fondos.

El hombre suave, algo calvo, que se deslizó a mi despacho, usaba un kimono de seda roja con un obi negro ricamente bordado: tenía todo el aspecto de una labor de aguja de Mendocino. Sin duda que en el fétido smog de Osaka se rozaba con las últimas pieles de Saville Row. Todo en él era así: se movía cómodamente por el filo de la navaja entre la clase y la ostentación, con una gracia que solamente tienen los japoneses, y eso cuando tienen el respaldo de millones de yens. El señor Ito no debía de ser ningún tonto. Querría lo que quisiera por concretas razones personales y no sería posible desplazarlo del centro de sus deseos: un típico hombre de negocios japonés de peso pesado, ejemplo de la especie que nos había sacado del centro de la arena internacional.

El señor Ito se inclinó casi imperceptiblemente mientras me tendía su tarjeta. Yo también incliné un poco la cabeza, y me quedé sentado. Estos juegos de expresiones y postu-

ras pueden parecer ridículos, pero no es posible hacer negocios con japoneses de otra manera.

Mientras se sentaba, Ito extrajo un cilindro negro de la manga de su kimono y lo depositó ceremoniosamente sobre el escritorio.

—Me han dado a entender que es usted un *connoisseur* de pósters de Fillmore de la primera mitad de la década de 1960, Mr. Harris —dijo—. La fama de su colección ha llegado hasta los alrededores de Osaka y Kyoto, donde resido. Permítame hacer un pequeño agregado. La idea de una contribución personal a un conjunto tan ilustre me proporcionará gran placer y me pondrá por siempre en deuda con usted.

Me temblaban las manos mientras lo desenvolvía. Con semejantes recursos financieros, el cortés regalo de Ito no sería sin duda decepcionante. Mi padre solía jactarse de las cuentas de gastos de los viejos días en que los comerciantes americanos imperaban, pero había que reconocer que los márgenes de beneficio al estilo japonés eran sumamente recomendables.

Cuando abrí el envoltorio, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no perder puntos con un silbido. Porque lo que tenía en la mano era nada menos que un ejemplar de troquel del primer póster de Los Muertos Agradecidos en sutiles negros y grises: un objeto rarísimo que no se podría haber comprado con ninguna cantidad de mero poder adquisitivo. No me atreví a preguntar cómo el señor Ito lo había conseguido. Simplemente compartimos un largo momento de silencio contemplando el póster, cuya belleza e historicidad trascendían de los motivos, por cuestionables que fueran.

¿Cómo podía no gustarme el señor Ito? ¿Quién puede afirmar que los japoneses habían llegado a ocupar su posición internacional solamente por su poder económico?

—Espero tener la oportunidad de complacer su sensibilidad como ha satisfecho usted la mía, señor Ito —dijo final-

mente.

Ésta era la forma correcta de decirlo: no se podía agradecer un regalo como ése, y había que ir oblicuamente al grano.

Ito se mostró bruscamente confuso, y hasta furtivo.

—Perdóneme mi franqueza, Mr. Harris, pero tengo la esperanza de que pueda ayudarme a resolver un asunto doméstico bastante delicado.

—¿Un asunto doméstico?

—Así es. Comprendo que se trata de una embarazosa intrusión; pero usted es evidentemente un hombre refinado y discreto... Si me permite usted que sea muy directo...

Toda su compostura se había evaporado, como si estuviese por pedirme que le hiciera un arreglo relacionado con alguna desagradable perversión. Yo tenía la sensación de que un *quantum* de poder había saltado bruscamente hacia mí, y era inminente una gran oportunidad financiera.

—Se lo ruego, señor Ito.

Ito sonrió nerviosamente.

—Mi esposa procede de una familia de gran tradición artística —dijo—. Tanto su padre como su madre han alcanzado el altísimo *status* de Tesoros de la Cultura Nacional, distinción que jamás se cansan de recordarme. Si bien he alcanzado cierta medida de éxito financiero en el campo de los cohetes cargueros, me consideran un *nikulturi*, un simple comerciante, carente del refinamiento estético que ellos poseen. ¿Comprende usted la situación, Mr. Harris?

Asentí con la mayor simpatía posible. ¡Ciertamente, los japoneses tienen genio para hacerse la vida difícil! He aquí un industrial japonés de primera categoría que adoptaba una posición inferior ante la sola idea de sus parientes políticos, a quienes probablemente podía comprar o vender con su caja chica. Y al mismo tiempo, estaba decidido a sobornar a esos hijos de puta de una forma que solamente puede tener sentido para un japonés... Me parece que los

japoneses gobiernan mejor el mundo que sus propias vidas.

—Mr. Harris, deseo comprar un objeto para los jardines de mi propiedad de Kyoto. Debe ser de suficiente magnitud como para recordar a los padres de mi mujer mi éxito en el reino de lo material cada vez que lo vean, y yo lo ubicaré de tal forma que lo vean siempre. Y desde luego, ha de poseer suficiente belleza e historicidad para probar que mi gusto no es menos elevado que el suyo. Así conquistaré su respeto y restableceré la tranquilidad de mi hogar. Me han dicho que es usted un excelente consejero en estos asuntos, y estoy dispuesto a examinar los objetos que usted crea convenientes.

¡Así que era eso! Quería comprar algo bastante grande para asombrar a sus parientes artísticos, pero no confiaba en su buen gusto y quería que yo le mostrara algo que él quisiera ver. Y nadaba como un pez dorado en un mar de yens. Apenas podía creer en mi buena suerte. ¿Cuánto querría gastar?

—¿Un objeto de qué dimensiones, señor Ito? —pregunté, lo más casualmente que pude.

—Deseo adquirir una pieza mayor de arquitectura monumental americana para que mis jardines sean un altar a su belleza y su historicidad. Por lo tanto debe tratarse de un objeto de proporciones clásicas, y además... digno de ponerse en un altar, para no desmerecer.

—Por supuesto.

Es decir, que ésta no sería otra venta de una gasolinera o un Howard Johnson; incluso algo como un viejo Hilton, o como El Salón de la Fama del Béisbol que desenterré en Cooperstown el año pasado, parecían demasiado chicos. A su modo, Ito me estaba diciendo que el precio no importaba, que sólo el cielo era el límite. Un tonto con una cuenta bancaria sin fondo se ponía confiadamente en mis tiernas manos.

—Si quiere usted, señor Ito —dije—, podríamos ver inmediatamente varias posibilidades aquí en Nueva York. Tengo mi helicóptero en el tejado.

—Le agradezco que interrumpa sus numerosas ocupaciones en mi honor. Iré complacido.

Despegué del techo y elevé el helicóptero a una altura de trescientos metros, y luego di un salto a Mach 1.5 hacia el Sur, por encima de la ruinoso jungla de concreto del extremo de Manhattan. La parábola nos dejó flotando a un kilómetro y medio al norte de la isla de Bedloe. Descendí hasta cien metros y derivamos suavemente hacia la Estatua de la Libertad, perdiendo altura imperceptiblemente mientras nos acercábamos a la Señora Descabezada, de modo que cuando llegamos a la costa, ya estábamos a su altura: era un toque delicado mostrar la mercancía en toda su gloria, manipular las perspectivas para que la gran estatua sin cabeza, cubierta por la pátina de hollín de la bomba incendiaria, pareciera emerger de la bahía como un coloso mutilado mientras flotábamos hacia ella.

El señor Ito no mostró señales de emoción. Miraba hacia el frente de nuestra burbuja sin una palabra y ni siquiera una fugaz expresión.

—Como usted sabe, ésta es la famosa Estatua de la Libertad —dije—, y como la mayoría de estos monumentos, puede traspasarse a cualquier comprador que la exhiba decorosamente. Y yo no tendría la menor dificultad en convencer al Departamento de Antigüedades Nacionales de que sus intenciones son ejemplares a ese respecto.

Dejé que el mando automático describiera un giro alrededor de la isla, a unos cincuenta metros de la costa, para que Ito pudiera ver la estatua desde todos los ángulos, y lo adecuada que era para su altar. Pero su rostro era más expresivo que el de un servidor de grado C.

—No se ha tocado desde que los insurreccionistas le volaron la cabeza —dije, tratando de excitar un poco su interés—. De este modo, la estatua ha adquirido todavía otro